

2º. PREMIO DEL II CERTAMEN DE CUENTOS Y RELATOS BREVES “JUNTO AL FOGARIL” , AÍNSA 2009.

CATEGORÍA GENERAL.

AUTOR: FRANCISCO BESCÓS MENÉNDEZ DE LA GRANDA

TÍTULO: LOS DOS DESEOS DE ASUNCIÓN VEGA

PSEUDÓNIMO: DICK TURPIN

Los dos deseos de Asunción Vega.

por Dick Turpin.

Octavio Gállego.

Lo del Pozo de Santa Rita es verdad. Eso se sabe desde hace muchos años. No sólo es cosa mía. Puede que yo sea un tirado. Puede que la gente de los pueblos de este valle no me quiera tener cerca y que no me dé trabajo ni Dios. Pero porque sea yo quien lo dice no deja de ser cierto lo del Pozo. Igual de cierto que lo mucho que yo quiero a mi mujer. Que no permito que ningún imbécil diga lo contrario.

Sí, está bien, alguna vez le pego. Pero no soy yo. Es el alcohol. El alcohol es el diablo. Yo intento llevarlo. Controlarme. Pero la ansiedad. La ansiedad es una sacudida desde la punta del pie hasta la coronilla. Una tortura. Un zumbido de abejas alrededor de los oídos. Alfileres en las rodillas y en los nudillos. No puedes huir de ella corriendo.

No se te va guardando cama, ni levantándote, ni volviéndote a acostar. No hay nada que hacer. Entonces cualquier cosa acaba mal. Si no está hecha la cena. Si Asunción no me ha cosido bien los bolsillos de los pantalones. Pero cuando yo le pego no estoy pensando en el mal que me pueda haber hecho. Estoy pensando en una botella. En su contenido. Cuando me porto mal con mi mujer la ansiedad se calma un poco. Pero vuelve rápidamente. Entonces me tomo una copa, o dos. Y me siento bien. Me siento mucho mejor que quien no tiene esa necesidad de beberla.

Por eso nunca le he pedido a Santa Rita que me ayude a dejar la bebida. Porque me sienta bien. Sin bebida no podría quitarme la ansiedad. A lo mejor cargaría con ella para siempre. Y eso sería malo para mí, y para Asunción. Nadie lo quiera.

Porque lo del Pozo sí que funciona. Lo sé porque me concedió lo único que le he pedido en mi vida. Le pedí que me casara con Asunción Vega.

Capitán Cobos.

No estaba acostumbrado en absoluto a ver a Octavio Gállego a ese lado de la mesa. Lo había tenido sentado en el banco de madera de la esquina unas cuantas veces. Con las manos bien esposadas, eso sí, que parecía poca cosa pero nos había dado algún que otro susto. En el poco tiempo que llevaba yo de capitán de la casa cuartel de la Guardia Civil de Lugo de Maniella, en el Valle de Maniella, Octavio había sido denunciado y detenido nueve veces. Escándalos sin más importancia, peleas en las que salía perdiendo y entre rejas, daños en la propiedad pública y un intento de agresión grave a su mujer, que impidió a tiempo el Sargento Ramiro.

Pero para denunciar, sólo apareció aquel día de septiembre. Acabábamos de soltarlo la mañana anterior. Lo habíamos tenido encerrado tres días por aquello que quiso hacerle a su mujer, aquello que evitó Ramiro. Y justo después del desayuno, vino por ahí como un cordero que se cuele en la jaula de los leones.

Su cara escuálida no era el mejor digestivo para el café solo que acababa yo de tragarme. Unos labios finos, entre los que siempre asomaba la lengua, como la cabeza de un galápago. La nariz, llena de pequeñas venillas azules y desagradables protuberancias, siempre coloreaba su rostro, como la guinda de una tarta al *whiskey*. Tras sus ojos, desteñidos por tanto alcohol, se escondía el cerebro más distorsionado que he conocido nunca. En este mundo se puede ser malvado por haber nacido malvado o por pura ignorancia. Yo había ingresado en la Guardia Civil para encerrar a los pocos malvados y tratar de ayudar a los muchos ignorantes. Pero cuando se mezclan ambas cosas... pues entonces te encuentras con Octavio. Una joya. Un figura.

Lo primero que hice cuando apareció fue mandar al Sargento Ramiro a la parte de atrás, no fuera a ser que la montara. Después de lo que había pasado tres días atrás, no era muy seguro tenerlo ahí. Octavio llevaba la destilería en pleno rendimiento y entonces se envalentonaba. Nos inundó la sala de ese olor almibarado de quien suda vino barato. Antes de retirarse, Ramiro lo despedazó con la mirada.

Tardé unos cuarenta minutos en darme cuenta de qué iba la cosa, porque el estrecho cerebro y la extensa lengua de Octavio entraban constantemente en conflicto con el entendimiento. Por fin pude escribir el siguiente informe:

“10 noviembre 19__

Casa Cuartel Maniella.

Capitán Sergio Cobos Mayor.

Denunciante: Octavio Gállego García.

D. Octavio Gállego García denuncia la desaparición de su esposa, Dña Asunción Vega Ramos. La última vez que la vio fue hace tres días. Declara, asimismo, que la desaparecida no ha dejado noticia ni pista alguna sobre adónde ha podido ir.”

Cuando Octavio salió por la puerta, con ese calamitoso andar, tan de costalero en Jueves Santo, le supliqué a Ramiro que no se rompiera la cabeza demasiado con este asunto.

–Asunción por fin se ha liberado –dije–. Llama a la capital a ver si te pueden decir algo. Su prima vive allí, ¿verdad?

Ramiro contestaba a todo con la cabeza, con ese gesto inmutable de persona que sólo vive hacia adentro. Una estatua de bronce hueco, con rostro noble de ojos pequeños, duros e inquisidores. Cuando se iba a poner en marcha, volví a llamar su atención.

–Escucha, Ramiro. Si la encuentras, mejor será no decirle nada al hijo puta ése. Archivaremos la denuncia. Que sea feliz.

–Gracias capitán –contestó con lo más parecido a una sonrisa que nunca pude leer en su boca.

Sargento Ramiro.

El capitán. Creo que es la persona a la que más respeto de todas las que he conocido, aparte de mi familia. Es listo. Muy listo. Se le ocurren cosas que a mí no se me pasarían nunca por la cabeza, ni aunque estuviera un siglo pensando. Un tipo joven y espabilado. Qué cabrón. Es por eso que él llegará a

ser un alto cargo, mientras que yo a mis 45 años, como sargento, ya he tocado techo.

Siempre me guío por su intuición, que suele ser la acertada. Pero le falta algo, que Dios me perdone. Es un tipo de ciudad. No entiende cómo son las cosas aquí. Lugo de Maniella es un pequeño pueblo, con doscientos habitantes censados. Aún así, es el municipio más grande del Valle de Maniella, que cuenta en su totalidad con doce aldeas y un total de mil doscientos habitantes. Sólo una carretera de cuarta regional nos comunica con la civilización. Dos carriles mal asfaltados y habitualmente bloqueados por la nieve. En invierno, llegar de un pueblo a otro, a los que sólo separan dos kilómetros de camino, es una odisea.

Pues bien, lo que no entiende mi capitán es cómo se cocinan las mentes en estos entornos. Llegas a conocer tanto a tus vecinos que crees poder ser su jurado el día del Juicio Final. No sólo lo crees, sino que además lo deseas. Hacerle pagar ese goteo constante de mínimas faltas con las que ha ido insultándote a lo largo de toda una vida. La monotonía, la falta de temas de conversación, la violencia del clima, el exceso de contacto, el aislamiento, es un caldo de cultivo en el que se cría mucha maldad.

–Qué lugar más impresionante –dijo el capitán el primer día que llegó, señalando el macizo montañoso que encierra Lugo de Maniella por el oeste, sobre el cual había unas nubes rosadas en ese momento.

–Mi capitán, no se fíe –le respondí–, que también puedo guardar una boñiga de vaca en el estuche de un reloj. Tenga cuidado con esta gente. Los conozco porque yo soy uno de ellos, nací aquí, aquí me he criado. Están tan viciados que si no cometen atrocidades es por pura cobardía.

Me preocupaba que a Asunción pudiera haberle pasado algo. Si me hubiera dejado alguna nota de que iba a estar bien, le hubiera pedido al capitán que le diera carpetazo al caso, sin más. Pero Asunción no me dejó nada. Y no me extrañó. Si hubiera sabido que estaba viva y feliz, le hubiera dejado escapar de este maldito mundo, de estas montañas y del animal de su marido. De esta gente que nos rodea, de todos nosotros, que la reteníamos aquí mediante una fuerza difícil de explicar.

Es curioso cómo los habitantes del Valle se hacen daño los unos a los otros. Es un daño silencioso, como una enfermedad que descubres cuando ya no tiene remedio, cuando tienes un pie en la tumba. Primero escogen una víctima débil, no muy lista, no muy agraciada físicamente, pero feliz. La escogen porque odian sus vidas y odian que cualquier persona sueñe con tener algo mejor. En estos montes está prohibido soñar. Luego minan su autoestima. “¿Vas a hacer eso? Es imposible que salga bien”, dicen. “Ese hombre nunca estará contigo, busca algo más a tu nivel”. Así roen su felicidad. La cercanía de quien lo hace aumenta su eficacia. Acosan con comentarios cada vez más crueles, hasta que la víctima se los cree, y entonces empieza a actuar como los demás esperan que actúe. Y consiguen que odie su vida y que, a su vez, elija a su propia víctima para aplacar ese odio, uniéndose a los piquetes del escarnio. Y comienza un nuevo ciclo.

Asunción nunca dio ese paso. No era lista. No era guapa. No era cultivada. Era soñadora. Pero una vez que hundieron su vida, no se dedicó a torturar a los demás. Por mucho mal que le hicieran. El asco que su madre se tenía a sí misma es lo único que explica que acabase en manos de Octavio. “Es lo que tiene que ser” comentó la gente, “las tontas y feas no pueden tener más

marido que un borracho”. Y, cuando consiguieron que así fuera, se sintieron satisfechos porque la sabiduría popular, la suya, demostraba su precisión una vez más.

El día en casi pierdo la cabeza, y ahora siento no haberla perdido, hacía sol y las moscas estaban como atontadas, posándose sobre todas las superficies sin reaccionar a los manotazos. En la plaza de Maniellas, a un par de pasos de la casa cuartel, estaba sentado Octavio con una botella de vino casi vacía. Se veía balancearse como un tentetieso desde la ventana de mi cuarto. Algún asunto me entretuvo entonces. Pero los gritos volvieron a llamar mi atención. Al asomarme vi a Asunción, Dios sabe de dónde habría salido, bajo la sucia mano de Octavio. Le estampaba el puño en la mejilla, bajo el ojo izquierdo, sin contener ni un ápice la fuerza de su brazo.

Desde mi mirador, el cuerpo de Asunción parecía aún más chico, como una hormiguita. Su mirada, aún más estrábica, sumergida en el horror y en la violencia. Su pelo, aún más pobre y pajizo. Gritaba de dolor, pero con voz tímida y pequeña. Tendría unos 40 años. También había tres o cuatro personas al otro lado de la plaza. Continuaban con sus vasos de vino en la mano, contemplando. Su tensión tenía más que ver con la emocionante noticia que podían ahora divulgar que con el interés en ayudar a la pobre.

Bajé corriendo las escaleras y me aseguré de llevar la pistola al cinto. Cogí también un tolete. En dos zancadas crucé el adoquinado de la plaza. Alcancé a Octavio en el momento justo en que iba a reventarle la botella vacía en el cráneo a su mujer. Sin pensármelo, solté un toletazo. Su mano levantada. La botella cayó al suelo. Estalló. Octavio se volvió contra mí como una rata

rabiosa. Pero se le bajaron los humos de un solo golpe de vista. En cuanto me reconoció.

Asunción lloraba, pobre criatura, con la mejilla pegada a los adoquines. Entonces volví a preparar la porra para soltársela a Octavio en toda la cara. Estaba fuera de mí. No podía contener la furia y el odio. Un odio contra toda la gente del pueblo, que se había quedado mirando sin hacer nada, pero que se concentraba en el rostro llorón de Octavio.

Antes de pegarle, alguien me sujetó el brazo. Era el capitán, que al verme salir desbocado me siguió para evitar que cometiera una tontería.

–Ramiro, tranquilo. No hagas tonterías, que nos arrepentimos.

Luego agarró a Octavio, retorciéndole el brazo por la espalda, y se lo llevó a la comisaría. Lo metimos en el calabozo. No paraba de lloriquear y de quejarse. Que si lo sentía. Que si el alcohol era el diablo. Que si no iba a volver a hacerlo. Pasados tres días, lo soltamos porque Asunción no había cursado ninguna denuncia. Supusimos que no lo había hecho porque había aprovechado la detención para escapar.

Asunción Vega

Al principio yo no odiaba a Octavio. No sentía nada por él. Era un chico más, como cualquier otro. Nunca nadie me ha preguntado por qué me casé con una alimaña así. Pero si me lo hubiesen preguntado, no hubiera sabido qué responder.

Está la soledad. Está eso que tiene este Valle, que la gente te mira tan como sin mirarte. Mi madre dice que me parezco mucho a su hermana. Fea,

pequeña, tonta. La que vive contando los minutos para el Angelus. Cuando pasa el Angelus, cuenta los minutos para el Rosario. Y entre medias hace un par de comidas y va al baño. Día tras día.

Y luego estuvo lo del Ramiro, cuando tenía, qué se yo, veinte años. No me hacía mucho caso, pero un día le conté un chiste y se rió. Más adelante ya pasaba horas hablando con él. Le hacía gracia mi forma de decir las cosas.

En San Agustín, durante la romería, bebió mucho y me dio un beso. Yo estaba contenta. Él también. Pero después oí que sus amigos se reían de él. A mí se me notaba, y Carmen me dijo que no me creyera que me iba a hacer mucho caso, que lo que se promete con una copa de más es papel mojado. “Huy, no va a tener otra cosa que hacer, el Ramiro”, dijo también Luisa. Él me estuvo llamando a casa. Le pedí a mi madre que le dijera que no estaba. No quería avergonzarle.

Un mes después se fue a la capital, a prepararse para entrar en la Guardia Civil. Cuando consiguió que le destinaran aquí, estaba casado y tenía dos críos preciosos.

Un día fui al Pozo de Santa Rita. Está en uno de los montes al oeste de Maniella. Es una sima natural de la que se saca un agua muy rica. Junto a ella hay una pequeña ermita a la Santa. Mi profesor de la escuela me contó por qué estaba ahí. Un señorito rico, de la capital, vino a cazar a los montes hace mucho tiempo. Se perdió. Era verano, y no tenía nada de agua. Hacía calor. Después de día y medio, le rezó a Santa Rita, la patrona de los imposibles. Entonces, a un par de pasos de donde se había arrodillado, encontró el pozo y el pequeño manantial que va a parar a él. Poco más adelante, vio el pueblo desde la ladera de la montaña. Se salvó. Cogió un montón de dinero e hizo construir la ermita.

Poca gente del pueblo tiene valor ni ganas de subir hasta ahí. Los que lo hacen, arrojan monedas a la sima, como ofrenda a la Santa. Mi abuela decía que Santa Rita siempre cumple lo que se le pide, si es un deseo puro, que no tenga malicia. Yo sólo he hecho dos peticiones en mi vida. La primera no tuvo malicia. La segunda sí.

Aquella primera vez fue después de que el Sargento Ramiro volviera de Madrid, cuando conocía a su mujer joven y guapa. Entonces subí por el sendero. Un caminito estrecho como una culebra adherida a la montaña y escondida bajo malas hierbas y rocas. Un desnivel que te pone mala la tripa. Está lleno de maleza y tierra suelta. Las ortigas te arañan las piernas y hay peligro de que te golpeen los cascotes que caen ladera abajo. Pero huele a pino, y desde la mitad del camino hay unas vistas preciosas del valle.

Cuando llegué arriba, vi a Santa Rita, casi al aire libre. La ermita es poco más que un techo voladizo. Sus esquinas anteriores se apoyan sobre dos columnas, y las dos traseras descansan sobre una pared gruesa y encalada. Bajo la cubierta está la imagen de la Santa, por la que ya han corrido años. Me asomé al Pozo, que no está más que delimitado por unos sillares que llegan a la altura del tobillo. Recé una pequeña oración y tiré una moneda. La oí caer en el agua al tiempo que decía:

–Santa Rita, por favor, llévame lejos de este lugar. Llévame lejos del Valle.

Un año después, aún estaba en Maniella, y me casé con Octavio.

Sargento Ramiro

Jamás ha salido de mi boca. En mi juventud estaba muy enamorado de Asunción. Si no se lo he dicho nadie no es porque me avergüence. Todo lo contrario. Es que no me interesa lo que tengan que decir al respecto la gente de este Valle.

¿Que por qué la quería? Es algo habitual contestar que me hacía reír. Está muy visto eso. Pero estas montañas son oscuras. Llueve durante meses y meses. La risa es un bien tan escaso como la buena voluntad. Y como los sueños y las ambiciones. La lluvia se los lleva en grandes torrentes hasta dejar que se cuelen por el sumidero. Asunción quería ver otras cosas que las mismas montañas todos los días. Las mismas montañas, maldita sea su madre. Cuatro vacas que ya las conoces por nombres y apellidos, árboles a los que ya has trepado... Ver otras cosas y volver a Maniella con nostalgia, cosa que ningún lugareño siente, que tendrían que irse lejos de aquí para empezar a tenerle gusto.

Por eso la quería. Pero cuando creía que ya la tenía en mis brazos, se torció. La intenté llamar, pero nunca quiso hablar conmigo. Me retiró el saludo por la calle y no volvió a hablarme. Dejé de intentarlo. Ojalá hubiera insistido un poco más.

Años después volví a dirigirle la palabra. Ya había vuelto de Madrid con mi mujer y mis hijos. Me dijeron que Asunción se casaba con Octavio. Me acerqué a ella en la plaza y le supliqué: “Asunción, no lo hagas; vete de aquí, deja el Valle”.

No me contestó. No esperaba que me contestase, pero tenía que advertirle. Todos sabíamos quién era Octavio. Desde que nació. Siendo niño, recibió mucho de su padre, y no precisamente amor. La violencia es algo tan habitual en su vida como desayunar.

Al desaparecer Asunción, el capitán dio por hecho que por fin se había largado y se había librado de ese cabrón. Yo deseé por mis hijos que así fuera. Pero no lo tenía nada claro.

El delirio de Octavio durante los últimos días, tal y como le contó el chigrero al sargento Ramiro, me pareció una razón más para preocuparnos. Después de casi una semana esperando información de la capital, nos confirmaron que nadie había visto a Asunción, ni sus familiares, ni sus compañeros. Cuando aquel martes a mediodía llegó Ramiro del bar y me contó lo de la maldición de Octavio, sin querer preocuparle mucho le dije: “Ramiro, me parece que ha llegado el momento de empezar a batir el monte”. Ensilamos los caballos. Tenemos la cuadra bien cerca, es fundamental cuando se pierde algún excursionista o para interceptar furtivos.

Enviamos a un par de chavales del cuerpo al este, a la zona de la Foz. Nosotros enfilamos la salida del pueblo y subimos por el sendero que lleva a la Ermita de Santa Rita. Nos fuimos deteniendo en todos los prados, bosquecillos, claros, puestos de caza y cortafuegos. Las hojas caducas amarilleaban. Las horas pasaron rápido y no habíamos recorrido el sendero completamente.

Y entonces empezó a caer. Cosas del monte. Lo que había sido un día perfecto, de cielo azul, sol brillante y abejas volando al gusto, se ennegreció hasta el punto de no ver más allá de las orejas del caballo. Además, el sol iba deslizándose cada vez más rápido detrás de las montañas. Primero un trueno, y luego unas pocas gotas pesadas y gruesas. Y a los pocos minutos jarreaba como si el mundo hubiera llegado a su fin.

Pronto el sendero fue lodazal, y luego una torrentera. Los caballos avanzaban cuesta arriba a duras penas. Yo iba varios metros detrás del Sargento Ramiro, le dejaba continuar con la marcha porque me preocupaba su implicación en el caso; sabía que quería buscar en todas partes y lo más rápido posible para descartar cuanto antes que a Asunción le hubiera pasado algo. Pero en el fondo yo estaba un poco acojonado con

tanto trueno y lluvia. Nos paseábamos rozando un cortado por el que se podía rodar hasta echar los huesos por la boca. Los caballos empezaron a pasarlo mal. Ya casi estábamos junto a la ermita cuando el mío perdió el pie y casi cayó de bruces. Alcé la voz.

—¡Ramiro! Hoy no se puede seguir. Mañana continuamos aquí.

Ramiro me miró y no objetó nada. Ni siquiera habló, como siempre su rostro lo contaba todo. Obedeció sabiendo que lo que yo decía era razonable. Dimos la vuelta a las monturas y emprendimos el regreso muy despacio. Y entonces, desde arriba, escuchamos un murmullo ensordecido por la tormenta. Unos gritos de socorro.

Sargento Ramiro

El pasado martes, el día que empezamos a batir el monte, lo vi en el bar. Asunción ya llevaba casi una semana desaparecida. Yo no estaba de servicio, compré una bolsa de patatas para los críos que hacían el burro fuera mientras me bebía un vermú con el Marca. Hacía sol y desde la cocina venía el olor del chorizo cociéndose en sidra, especialidad de la casa. Octavio venía cruzando la plaza, decidido a desayunarse su pelotazo. Cuando me vio a través de la cristalera dudó un poco. Pero pudo más la necesidad que el miedo.

Entró. Sin quitarme ojo de encima pidió un vaso de licor a Lucas, el dueño. Se lo ventiló sin pestañear. Sin dejar de mirarme salió precipitadamente, tropezando con la silla que mantenía la puerta abierta.

–¿Qué le pasa a éste? –preguntó Lucas–. ¿Qué ha hecho esta vez?

Lucas es un tipo gordo, como buen chigrero. Su delantal parece una excavación arqueológica: pueden encontrarse restos fósiles de cualquier alimento que haya pasado por Maniella. Desagradable a la vista. Pero su relación profesional con Ocativo me interesó en ese momento.

–No te puedo decir nada, Lucas. Por ahora. Nada que tú no sepas. ¿Por qué lo preguntas? A lo mejor puedes echarme una mano. Tú lo conoces mejor que nadie.

–Pues no sé yo. Sólo que este tío está muy raro desde que dejamos de ver a Asunción.

–Creo que me tiene miedo –le dije, porque en el fondo hay confianza.

–No te tiene más miedo a ti que a otras cosas. Últimamente cuando bebe de más... todos los días... no deja de repetir que va a morir. Que le quedan pocos días. Que es inminente. Que ha llegado su hora, que en cualquier momento le van a encontrar degollado como un cerdo en mitad de la plaza, o que se romperá la cabeza bajando de una escalera. ¿Has visto cómo huele? Lleva días sin bañarse por miedo a ahogarse o a resbalarse en la ducha.

–¿Por qué lo piensa? ¿Tiene miedo de que le mate?

–Y dale... No creo que sea por ti. Más bien le parece que está maldito o algo.

Capitán Cobos.

Dejamos los caballos atados a un roble porque ya no podían dar un paso más. Echamos a correr sobre el barro camino arriba. Era difícil. Las botas se hundían en el suelo y los pies pesaban toneladas. Ramiro sacó el arma. Yo necesitaba las manos para ayudarme a avanzar, como nadando en el torrente de lluvia. Tardamos mucho en llegar

a la explanada con el uniforme sucio de pies a cabeza. Respiraba rápidamente. Yo me apoyé en un árbol. El sargento, sin embargo, parecía que sólo había cruzado una calle. En pie firme, jadeaba lo mínimo.

Apuntó con su linterna la boca del pozo. La estatua de Santa Rita en la noche nos contemplaba siniestra desde su palio como un diminuto fantasma. Nuestra única compañía allá arriba. Pero un segundo barrido con el haz de luz nos descubrió una cuerda que salía del pozo, medio enterrada en el barro y cuyo extremo estaba burdamente atado a un tronco.

Nos asomamos. La profundidad impedía que nuestras linternas iluminasen el fondo. En una de las paredes vimos una oscura masa de barro que se movía en tensos espasmos aferrada con desesperación a la cuerda. Bajo la capa de tierra y fango había una persona. Octavio. Gemía sin levantar la voz pues cualquier esfuerzo podía mandarlo a las cavernas.

Toque la cuerda. Absolutamente resbaladiza. Así que no fue fácil tirar de ella para que el borracho saliera de aquellas fauces que a cada segundo le engullían más y más. En un primer intento, la linterna se me fue al fondo tropezando con todas las piedras que encontró a su paso. La condenada cuerda se escurría entre los dedos como una lombriz. La sujetamos como pudimos, hasta con los dientes, y tratamos de impulsarnos clavando los tacones en el lodo, o apoyándolos en los ladrillos que delimitaban la boca.

Octavio Gállego.

Lloré. Su puta madre, de la forma más tonta. Cuando el sargento y el capitán aparecieron ahí arriba. Santa Rita no has podido conmigo. Soy más fuerte que los Cielos. No tienen poder sobre mí.

Me sacaron del agujero. Me quedé tirado en el suelo recobrando el aliento. Tenía mucho frío. Temblaba. No pudieron esperar a bajarme a la casa cuartel para pedirme explicaciones. Cabrones. No. Tenía que ser allí. Maldita sea su madre.

Así que se lo conté.

Después de que Asunción me dejara, empecé a sentirme muy mal. Muy culpable. No debería haberle pegado, me decía a mí mismo. Octavio, eres un animal. Voy a quedarme solo. Nadie me aguantará ahora. Muy deprimido estaba.

El mismo día que me soltaron del calabozo, subí hasta aquí, hasta la Ermita. Me asomé a la sima y lo estuve pensando. Estuve pensando en saltar dentro. Joder. Joder, no lo pueden imaginar. Como soy cristiano, la conciencia me impidió acabar conmigo como con una cucaracha, pero es lo que hubiera deseado. El suicidio. Ojalá hubiera sido así. Sin embargo, tiré una moneda al pozo y le pedí a Santa Rita que me llevara. Que aplastara a esta cucaracha. Seguro que me concedería lo que le estaba pidiendo. No se crean que a mí el dinero me sobra como para andar tirándolo. Pero tuve la mala o la buena suerte de que la moneda fue a parar a un saliente a unos dos metros de la boca. Allí se quedó, medio clavada, y nunca alcanzó el fondo del pozo. Como no tenía ni un céntimo más, me bajé al pueblo entristecido.

Pero tan pronto como llegué, salió el sol. Me acerqué a la iglesia. No es que haya sido yo muy de curas, ni de sacramentos, ni de misas, pero en ese momento Dios me dio ganas de vivir. Empecé a pensar que Santa Rita había hecho que la moneda no llegara al final del pozo para salvarme la vida. Si la moneda no llegaba al fondo no

habría deseo alguno. Sería como una solicitud administrativa mal cumplimentada. Supe que encontraría a Asunción, que dejaría la bebida y que tendría una nueva oportunidad.

Fui al bar para celebrarlo tomándome la última. La de despedida. Se lo juro que iba a ser la última. Y entonces se me ocurrió, como se le hubiera ocurrido a cualquier persona que se vista por los pies. En cualquier momento podía pasar: que un animal empuje una piedra, que alguien tire otra moneda, un corrimiento de tierras... cualquier cosa que hiciese que mi moneda cayera al vacío. Y entonces, Santa Rita haría que se cumplieran mis ruegos sin ninguna duda. Y yo moriría. No tendría días para reencontrarme con mi mujer, ni para dejar la bebida, ni para disfrutar de mi nueva vida.

No había tomado la segunda copa y la idea ya me estaba obsesionando. No dormí aquella noche. Tenía mucho miedo. El miedo me obligaba a emborracharme continuamente, me obligaba a faltar a mi promesa.

Esta tarde desperté de la siesta y miré al cielo. Estaba oscureciéndose. Sobre las cimas del norte había nubes altas y densas, revueltas como el agua hirviendo. Quien haya vivido aquí los años que yo he vivido sabe que eso significa tormenta como que dos y dos son cuatro.

–Menuda va a caer –dijo el chigrero.

–Ya está –pensé–. La lluvia hará que el agua caiga por la ladera hasta el pozo, y el torrente se llevará mi moneda al fondo. Mi suerte está echada.

Estaba desolado. Pero, de pronto una idea, ¡qué grande eres Octavio!: si saco la moneda y ésta no llega al fondo, será como si nunca la hubiera tirado. Santa Rita no me había quitado toda la responsabilidad de mi acto al detener la moneda, eso sería como llamarme estúpido. Simplemente me había concedido unos días para que me lo pensara bien.

No perdí el tiempo, tenía que sacar esa moneda. Fui a mi casa y tomé una cuerda larga. Ni siquiera me molesté en vestir unas botas y abrigo decente. Me eché a la calle como me ven ustedes ahora. No me costó ni una hora recorrer el camino, de tan apresurado que estaba.

A mitad de trayecto comenzaron a caer las primeras gotas. Cuando llegué junto a la ermita, la lluvia ya era un jarreo y la tierra del sendero se había convertido en barro. Las torrenceras que caían por la falda de la montaña tenían cada vez más fuerza. Alguna venía de costado. Creía que se me llevaba la lluvia y el viento. Pero tenía más miedo de la Santa que de otra cosa. Ahí la vi, al llegar a la explanada, mirándome como me mira todo el mundo en este valle... que si hubiera sido de carne y hueso y no de piedra hubiera cruzado de acera. Que yo no la culpo, ¿eh? Que a mí no me importa lo que piensen de mí. Que se vayan al carajo, Santa incluida.

Até la cuerda a ese árbol y me deslicé por ella. El fondo del pozo se me quería tragar. Por supuesto que no había bebido casi nada en un par de horas, Dios me libre. Que si hubiera bebido ahora estaría allí abajo tragando barro con la cabeza hecha pulpa. Me llegué hasta el voladizo. Había llegado a tiempo. La moneda estaba allí. Les juro que cuando la cogí y me la eché al bolsillo me entraron ganas de llorar de alegría. Bueno, confieso que lloré, y si no hubiera sido por la lluvia y el barro que se encargaron de lavarme la cara, ahora aún se me verían las lágrimas bajo los ojos.

Pero poco me duró la alegría, cuando me puse a trepar por la cuerda. Tonto que eres, Octavio, me dije. Tonto y torpe y un borracho. No le había hecho nudos a la cuerda para que no se me resbalara entre los dedos. El agua y el barro la habían dejado escurridiza como un pescado. No sólo no podía subir sino que además me deslizaba hacia abajo poco a poco. Y a un metro bajo mis pies la cuerda terminaba. Desde ahí hasta el fondo del pozo habría unos quince metros. Maldita mi suerte. Su puta madre.

La muerte segura si me rompía el cuello. O aún peor, cagarme de frío y hambre y dolor de las heridas hasta quedarme tieso, en el caso de que sobreviviera a la caída.

Me agarré a la cuerda como un cabrón, lo más fuerte que pude y clavé los pies en la pared embarrada. Así conseguí detener mi caída. Pero no encontraba fuerzas para asir la cuerda de forma que me permitiera subir. Soy un mierdas, pequeño, de poco brío.

En ese momento seguía llorando yo, pero por otro motivo. Sentí que algo frío entraba en contacto con mi muslo e iba deslizándose por dentro de la pernera de mi pantalón. Mi pantalón de bolsillos rotos. La puta moneda, jodido el día que se me ocurrió echarla aquí. Recorrió todo el interior de mis pantalones como un insecto con claustrofobia. Tropezó en mi zapato y la observé muerto de miedo, perderse en la oscuridad de la sima. Incluso con todo el estruendo del diluvio a mi alrededor llegó con claridad el chapoteo de la moneda al sumergirse en el agua, ahí en la profundidad. Un “chop” que me puso la sangre a la misma temperatura a la que ya tenía la piel.

Entonces mis lágrimas se convirtieron en sollozos. Y empecé a pensar en todo lo que ya no haría y a insultar a Santa Rita porque se había burlado de mí, como hacen todos los de este Valle con la gente como yo, burlarse y celebrarlo cuando algo malo nos pasa. Me había traído al pozo para que terminara lo que había empezado, y que esa moneda tocara el fondo para que mi deseo macabro acabara por cumplirse. La moneda había caído. Ahora sólo quedaba esperar. Perdí el control y empecé a gritar como los cerdos en el matadero, agarrado a esta cuerda que iba a ser mi muerte. Pero nunca pensé que alguien pudiera escuchar mis gritos en esta noche, en mitad del monte.

Aparecieron ustedes. Y me sacaron. Y mis lágrimas volvieron a ser de alegría, que no sé cómo me quedaban lágrimas en los ojos. Y ahora puedo decir que soy más fuerte que la Santa. Se me quería llevar con ella pero yo he ganado. He vencido al cielo.

He vencido la magia de la moneda. He sido más fuerte que Dios y que los santos. Que se vayan al infierno. Estoy vivo. Estoy vivo.

Capitán Cobos.

Octavio tardó en tranquilizarse. Nos había contado su historia entre balbuceos, llantos, insultos y blasfemias. El sargento y yo nos mirábamos sin saber qué pensar. Más nos dirá en la comisaría, decidimos. Nos preparamos para el regreso. Le había dejado mi chaqueta de mala gana, para que entrara en calor, pero con esa lluvia era complicado. No le tuvimos allí tanto rato por crueldad, sino por desconfianza. Se había convertido en el principal sospechoso de la desaparición de su mujer. ¿Qué coño hacía en el monte a esas horas?

Tras sus lágrimas podía descubrirse el nerviosismo del que se ha visto encerrado en un ataúd y es capaz de salir de él. Su testimonio parecía cierto. A mí no me gustó. Y es que nos lo contó sin pausas, sin pensárselo. Como si supiera que algún día su vida fuera a depender de lo convincente que resultase al referir esa historia. Como si llevara días ensayándola ante un espejo. Y mientras su boca murmuraba palabras difícilmente inteligibles, no paraba de echar miras de soslayo al pozo de dónde le habíamos rescatado, como el que mira la boca del perro que hace segundos le estaba mordiendo.

El sargento le ayudó a levantarse y abrió la marcha adonde habíamos dejado los caballos. Yo me disponía a seguirles. Ya me había llovido encima bastante aquella noche. Y además, no tenía abrigo. Sólo quise hacer una última comprobación. Mi instinto me estaba suplicando que tomara una última medida sin la cual no hubiera dormido bien esa noche. Eché un último vistazo al pozo.

Algo ahí dentro había cambiado. La linterna que había dejado caer por accidente al subir a Octavio yacía en las profundidades, sobre unas rocas que sobresalían de las aguas. No se había roto. Funcionaba a la perfección. El fondo, a unos veinte metros de mis narices, estaba ahora iluminado. Después de acostumbrar los ojos a lo que veía, no me costó distinguir un cuerpo femenino descansando junto a la linterna. Recibiendo gotas de lluvia sobre su rostro sin hacer nada por cubrirse, sin fruncir el ceño para evitar que entrasen en sus ojos abiertos. Sin ovillarse para luchar contra el frío. Sin hacer nada de eso que hacen los cuerpos cuando están vivos.

La expresión de mi rostro debió resultar indudable. Debí decir tanto sin quererlo, sin alzar la voz, tanto que en ese momento debía callar... Todo lo entendió el sargento con una claridad incontestable. Empujó a Octavio al suelo y vino a colocarse a mi lado. Su semblante, como siempre, no pareció dar el más mínimo signo de emoción al descubrir (lo había descubierto ya) qué había a veinte metros bajo tierra. Sus ojos brillaron más, quizá, ante el pálido y lejano resplandor de la linterna.

Antes de que nos volviéramos hacia el asesino, éste ya había empezado a sollozar de rodillas sobre el barro: “No fui yo. Fue el alcohol. El alcohol es el Diablo. No fui yo. No fue mi culpa. Ella se cayó. Ella se cayó. Yo la quería. El alcohol es el diablo. El Diablo”.

Yo en ese momento estaba tan petrificado que no vi las consecuencias, ni mucho menos las causas, de todo lo que podía ocurrir en los próximos segundos. Muy poco profesional, lo sé. El sargento, (como en un recuerdo de mi niñez lo veo aún) desenfundó su arma y encañonó a Octavio con determinación. “No fui yo, fue el alcohol. Fue el alcohol”, repetía éste como un misterio del Rosario, que rezas sin meditar. Como una letanía a la que se agarra el enfermo desahuciado para salvar su vida. “No fui yo, fue el alcohol”.

Un día después de que el capitán Cobos y el Sargento metieran a Octavio en el calabozo por pegarme en la Plaza, hice mi segunda petición a Santa Rita. Yo no lo denuncié. ¿Para qué? Las noticias iban hasta arriba de mujeres asesinadas por sus maridos que se saltaban la orden de alejamiento porque no había policía que pudiera vigilarlos. Si eso ocurría en las ciudades, ¿qué no iba a ocurrir en un valle como éste, con media docena de guardias civiles y millones de recovecos, de árboles, caminos donde esconderse? Así que no lo denuncié. A cambio preferí irme. Hacer la maleta y abandonar las montañas para siempre.

En el armario sólo dejé telarañas, porque poco más que telarañas tenía. Todo el dinero que entraba en casa salía convertido en *whiskey* barato. Plata no teníamos. Ni sábanas de hilo, claro. No teníamos nada. En realidad, todo mi equipaje cabía en una maleta mediana.

Por un momento pensé que Santa Rita estaba cumpliendo mi primer deseo. El deseo de llevarme lejos del Valle. Aquel que hace mucho tiempo, un año antes de casarme con Octavio, había formulado al pie del Pozo a cambio de una moneda que no debía valer lo suficiente. Pero por fin la Santa parecía haberme dado fuerzas para salir de Maniella. Se me ocurrió entonces que quizá ella me había obligado a que yo misma cumpliera mi deseo. Y lo había hecho poniendo a Octavio en mi vida. Un método bastante cruel, en absoluto propio de la santidad, pero que tenía que funcionar por fuerza. Octavio me empujaría a abandonarlo, ya fuera haciéndome huir, o dejándome sin vida.

Aún a la puerta de casa con mi pequeña maleta, me entró miedo. Él me encontraría. Fuera donde fuera. Sabía hacerlo. Me buscaría y daría conmigo. Dejé la maleta en casa y salí a la calle. Ya estaba anocheciendo cuando me interné en el sendero. Llevaba una linterna. Aún así tardé más de una hora en llegar a la explanada de la ermita con las piernas arañadas y los zapatos llenos de tierra. No creía que Santa Rita fuera a ayudarme esta vez. No había ninguna buena voluntad en mis deseos. Y al fin y al cabo, había tardado años en hacer caso a mi primera plegaria. Las nubes cubrieron un pálido cuarto de luna en el cielo, que aún se ennegreció más.

Al igual que la primera vez, recé una breve oración ante la imagen de la Santa. Y en alto pronuncié mi voto.

–Santa Rita –dije vocalizando con toda la claridad que pude– Quiero que te lleves a mi marido de este mundo. Quiero que Octavio muera.

Arrojé la moneda al pozo. Un segundo. Dos segundos. Ningún sonido acuoso respondió desde la profundidad para indicar que había calado en el fondo. Contemplé con mi linterna. La moneda, ahí estaba. La mala suerte la había llevado a caer en un saliente voladizo de las paredes de la sima, a unos tres metros de la boca. Un deseo que no tenga malicia, me dije. Aún así saqué otra moneda.

Entonces escuché las ramas batirse a mi espalda. Octavio me miraba. Octavio me escuchaba.

Sargento Ramiro.

Las voces de Octavio al confesar franqueaban mis tímpanos dejando sólo posos de palabras en mis sentidos: “...fue el alcohol... la seguí hasta aquí... ella quería abandonarme... quería matarme... tuve que hacerlo... no fui yo...”. El capitán aturdido.

Los ojos pequeños. Los llantos intolerables. Los segundos inundados de sollozos. De sollozos vacuos ensordecidos por el odio. Eclipsados por la furia. La lluvia cayendo en un rugido sobre los gemidos, llevándose las lágrimas que valían tanto como cada gota caída del cielo. Empequeñeciendo los lamentos que valían tanto como un cuerpo sin vida en el fondo de un pozo.

Juzgando. Ayudándome a dictar sentencia.

Sólo segundos después de escuchar el estampido recordé que mi pistola, en mi mano, apuntaba a la cabeza de Octavio. Me di cuenta de ello cuando el capitán se abalanzó sobre mí para impedir lo imposible, pues no se puede impedir lo que ya ha ocurrido.

Hasta entonces sólo percibí la imagen de Santa Rita en el efímero instante en el que resplandecía ante el destello de la detonación. Y al contemplar su rostro, frío, pétreo, pálido, observe una chispa de vida en la que nunca antes había reparado. Una chispa de astucia. De malicia tallada en piedra.

Y supe que un deseo, el deseo de alguien a quien quizá conocía, acababa de cumplirse.